**7. Doscientos sesenta y tres escalones**

Habían pasado dos días desde la inesperada visita nocturna del padre Diego, jornadas que mi señor aprovechó para meditar sobre sus investigaciones, mientras que yo me dediqué a lavar la ropa y atender a las monturas. Esa mañana me levanté muy temprano, pero cuando bajé a desayunar, don Alonso ya se encontraba en el comedor. Ante él tenía un exiguo desayuno que mi señor miraba con la vista perdida. Estaba seguro de que las declaraciones del padre Diego aún cabalgaban por su mente.

 Cuando mi señor ejercía como investigador, parecía como si se transformara. Hasta la voz le cambiaba, y su mirada, que habitualmente era cordial y amigable, en esos momentos, se mostraba fría y penetrante. No daba ventaja a sus interlocutores; almacenaba todos los datos en su memoria, y después, cuando los necesitaba, los utilizaba.

 Cualquier gesto, mirada o señal para otros imperceptible recibía por parte de don Alonso una interpretación. En una ocasión una simple tos y un torpe carraspeo le dieron la pista de que el conde con el que estaba hablando, y que estaba fuera de toda sospecha, era el culpable del asesinato de un adinerado comerciante de Salamanca. Don Alonso, le había hecho una pregunta sencilla, pero al conde le pilló desprevenido y no supo qué contestar, cuando días antes había expuesto una lógica coartada. Don Alonso era impredecible en sus comentarios y apreciaciones, y tenía una gran capacidad retentiva: recordaba una cara, un especial modo de cabalgar, una peculiar forma hablar, una cicatriz, una cojera.

No habíamos terminado de desayunar cuando un mozalbete entró apresuradamente en el comedor y se dirigió al posadero; éste señaló con el mentón hacia el lugar donde estábamos sentados mi señor y yo.

—¿Don Alonso de Santa María? —preguntó el muchacho un tanto cohibido.

—¿Qué sucede? —respondió en tono seco.

—Don Martín desea veros con la mayor brevedad —dijo, y apostilló—: Yo os guiaré, señor.

Con una mirada don Alonso me indicó que ensillara los caballos. El mozalbete, que esperó a la puerta del establo, echó a correr en el momento en que nos vio aparecer sobre nuestras monturas. El chico corría que se las pelaba entre el gentío, y a punto estuvimos de perderlo de vista.

Por fin se detuvo al comienzo de la cuesta que llevaba a la catedral, donde se agolpaban varias personas, entre las que distinguí a don Martín y a don Sancho. Aquello parecía no tener buen cariz. Al llegar hasta ellos, se confirmaron mis temores.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi señor desde su cabalgadura.

—Malas noticias, Alonso contestó don Martín, para luego añadir—: Al parecer, el padre Diego se ha suicidado.

Mi señor miró con fijeza a su amigo y por fin preguntó:

—¿Cómo ha sucedido?

—No lo sabemos —respondió don Sancho—. Su cuerpo está al pie de la colina.

—Todo parece indicar que se ha tirado por la ventana de su despacho —informó don Martín.

Don Alonso clavó la vista en el torreón situado a los pies y hacia poniente de la vieja catedral, integrada en el recinto amurallado de la ciudad. Sobre el campanario que remataba el torreón se erguían unas almenas, lo que le daba un carácter claramente militar y defensivo. En mitad de la torre se distinguía un único vano, rematado en su parte superior por un arco de medio punto. Sin duda, desde allí debía de haberse despeñado el monje.

Luego bajó la mirada hasta la base de la torre. El marrón oscuro del hábito del padre Diego resaltaba sobre el gris de las rocas. Algunos chiquillos curiosos merodeaban por los alrededores del cadáver.

—¡Que nadie se acerque a ese lugar! —gritó mi señor.

Al momento, el jefe de la guardia, que permanecía detrás de don Sancho, ordenó a sus soldados que rodearan la zona y no permitieran el paso a nadie.

—¿Qué opina vuestra merced? —preguntó don Sancho con visible preocupación.

Don Alonso no quitaba ojo al torreón. Miraba arriba y abajo; estudiaba las posibilidades.

—No lo sé, don Sancho. Desde luego, nada hacía sospechar que el padre Diego quisiera quitarse la vida, aunque su oposición al obispado y la tenencia de esa lista le hacían estar en una situación muy delicada.

Dicho esto, don Alonso empezó a subir por las rocas que formaban la colina y yo le seguí. Se nos hizo algo penoso, pero por fin llegamos al lugar donde yacía el cadáver del padre Diego. Para decir la verdad, me impresionó. Me parecía imposible que, alguien a quien había visto hacía tan poco ahora estuviera muerto. Un día estás vivo y al siguiente estás despanzurrado en una roca.

El cadáver se hallaba en el hueco entre dos rocas. La cabeza, en posición más baja que los pies, se había abierto como una nuez. Un espeso reguero de sangre y sesos, de un color rojo pardusco, había formado un gran cuajarón un poco más abajo. Tenía los brazos abiertos en cruz, las piernas encajadas sobre la grieta y los ojos abiertos y perdidos en la nada. Me pregunté si sería verdad que la imagen del asesino se quedaba reflejada en las pupilas de la víctima…

Don Alonso miró hacia arriba una y otra vez; luego se movió para tener un nuevo ángulo de observación. Miraba la ventana y a continuación bajaba la vista al cadáver. Anduvo hacia arriba unos pasos más y se pegó por completo a la roca donde nacía el torreón de poniente. De repente, fijó su mirada al suelo, se agachó lentamente y tocó una mancha de sangre sobre una roca. Se levantó, miró a la ventana y, de nuevo, el cuerpo de fray Diego.

—¿Ocurre algo, mi señor? —me atreví a preguntar.

Me contestó sin mirarme, todavía absorto en sus mediciones y cálculos mentales

—Sí, Juan, aquí hay algo extraño —dijo—. Pero todavía no sé qué es.

Se dirigió hacia el cuerpo del padre Diego, invadido ya por legiones de moscas, se inclinó sobre él y examinó con detenimiento las manos y el hábito. Luego, se puso de pie y me dijo:

—Vamos. Tenemos que subir a la torre.

Bajamos con sumo cuidado. La superficie de las rocas, lavadas por el agua de lluvia y pulidas por el viento y el paso de los años, no permitían apoyar los escarpines con seguridad más de una vez. Estuvimos a punto de resbalar y caer rodando colina abajo.

Al llegar a la puerta principal de la antigua mezquita transformada ahora en catedral cristiana, mi señor comunicó al juez su intención de interrogar más tarde al clérigo encargado de la puerta y a todos los que habían pernoctado en la residencia de canónigos la noche anterior.

El canónigo racionero nos recibió, muy consternado, en la puerta del templo, y nos acompañó en la subida de los doscientos sesenta y tres escalones del minarete, donde antiguamente, el muecín llamaba a la oración.

Llegamos al despacho del padre Diego casi sin resuello. No había nada anormal en la disposición de libros y los muebles. Todo parecía en su sitio. Nada hacía sospechar que desde allí se había suicidado alguien o que en ese despacho se hubiera perpetrado un asesinato.

El despacho, más bien pequeño, estaba muy bien aprovechado en su distribución. Recios y pesados maderos sostenían el techo. El suelo era también de madera, y frente a la puerta de entrada estaba la ventana desde la que se suponía que el padre Diego se había arrojado al vacío. El marco inferior del vano quedaba a la altura de los ojos, por lo que don Alonso enseguida descartó la posibilidad de un accidente. Si el padre Diego se había arrojado desde allí, habría tenido que subirse primero a una silla, luego en el pequeño armario que había debajo de la ventana, poner el pie en el marco inferior y dar el salto.

Y eso fue lo que hizo don Alonso. Puso todos los medios allí disponibles para subirse al hueco. Una vez encima del armario, se asomó al vacío. Durante unos instantes permaneció con las manos a ambos lados del vano mirando hacia abajo y examinado las posibilidades.

De repente, agarrado como estaba al grueso muro del vano, flexionó sus piernas y volvió a estirarlas bruscamente, como si se arrojara al vacío. A todos los que estábamos en el despacho se nos heló la sangre.

—¡Santo cielo! —exclamó el racionero con un hálito de voz—. ¡Qué hace vuestra merced!

—Alonso, ¿has perdido el juicio? —le voceó don Martín con cara de susto.

—No te preocupes. Aún me queda un poco —precisó mi señor a la vez que daba un salto que lo devolvió al suelo del despacho. Y entonces miró a don Martín y a don Sancho y añadió—: La cosa está clara.

—¿Cómo? —dijeron al unísono los dos caballeros.

—El padre Diego no se suicidó —afirmó don Alonso arreglándose las vestimentas.

Los dos miembros del concejo se miraron con cara de preocupación. Ninguno de ellos estaba preparado para escuchar las explicaciones que confirmarían que el clérigo había sido asesinado. Aquello se les iba de las manos.

Deseaban que los labios de don Alonso se abrieran para certificar que el padre Diego se había suicidado; eso les hubiera quitado una terrible preocupación. Ya habían muerto dos miembros del concejo, otro se encontraba gravemente herido, y el clérigo que asistió a la reunión de la alquería también había sido asesinado. Alguien estaba eliminando, uno tras otro, a los miembros del concejo y a los que ponían trabas al traslado de la sede episcopal.

—¿Lo han asesinado? —inquirió por fin don Martín.

—Sí, casi con toda seguridad —contestó don Alonso, y añadió—: Tal vez ya estuviese muerto cuando cayó al vacío.

—Quizá al padre Diego le abrumaran los remordimientos —apuntó don Sancho, deseoso de creer todavía en la posibilidad del suicidio—. En la reunión se hizo evidente para todos, su mala conciencia por haber traicionado al obispo.

Al oír aquello, el racionero se hizo la señal de la cruz sobre el pecho y murmuró:

—¡Alabado sea el santo nombre de Nuestro Señor Jesucristo!

—Con todos mis respetos —respondió don Alonso al juez—, ¡ojalá hubiera sido así! Pero, desgraciadamente, las pruebas nos indican que el padre Diego no se suicidó.

—Bueno, don Alonso, explicadnos de una vez cuáles son esas pruebas —le apremió don Sancho.

Mi señor se tomó su tiempo para contestar. Parecía que no sabía por dónde empezar. Tenía la vista perdida en la librería que había detrás de la silla del padre Diego.

—En primer lugar, no hay evidencia de que, para alcanzar el vano, el padre Diego haya utilizado la silla como yo lo he hecho. Tampoco hay restos de tierra ni arañazos en la parte superior del pequeño armario donde se supone que tuvo que poner el pie para llegar al hueco—. Siguió una breve pausa y luego añadió—: Por último, el cuerpo fue arrojado por la ventana como un fardo, ya que su caída fue paralela a la pared del minarete.

—¿Cómo sabéis eso? —le interrumpió don Sancho.

Mi señor, con voz complaciente, le desveló las pistas por las que había llegado a semejante conclusión.

—Como vuestra merced ha visto, cuando estaba en la ventana he amagado un posible salto. Cualquier persona que pretenda arrojarse de un sitio de cierta altura, dará un salto y, por pequeño que éste sea, se alejará de la vertical de su posición inicial.

Después del impacto, el cuerpo aparecerá bastante retirado de su vertical.

—El cuerpo del padre Diego está bastante alejado de la base de la torre —argumentó don Martín.

—Cierto, pero el primer choque contra las rocas tuvo lugar a escasos a escasos pasos del pie de la torre. He visto pelos y restos de sangre. Pero la inercia del cuerpo, después del brutal impacto, le hizo seguir cayendo.

Los dos miembros del concejo se miraban sorprendidos, pero seguían sin creer que el padre Diego hubiera sido asesinado. Sin embargo, para mi señor, no había ninguna duda.

—Entre una de las uniones de los sillares del minarete —explicó—, aproximadamente a mitad de la pared, hay una rama silvestre que el cuerpo del infortunado rompió en su caída y le rajó el hábito.

Aquello era concluyente.

—Quiere eso decir —intervino don Martín— que el padre Diego fue asesinado en...

Don Alonso no le dejó terminar la frase.

—Cierto, fue asesinado aquí, en su despacho.

«¡Vaya! El asesino tuvo que subir doscientos sesenta y tres escalones para cometer su crimen. ¡En cualquier otro lugar hubiera sido más fácil!», pensé para mí.

Todos, como movidos por un resorte, miramos alrededor en busca de algún indicio del delito. Esperábamos ver rastros de sangre o alguna evidencia de que el crimen se había cometido en esa habitación.

—Subir el cadáver de un hombre de la corpulencia del padre Diego por las angostas escaleras, sería harto difícil, lo que nos lleva a pensar que el crimen se produjo aquí —argumentó don Alonso, y añadió—: El que lo asesinó buscaba algo, quizá la lista de la que nos habló el padre Diego.

La cara de perplejidad de los presentes, incluyéndome a mí, iba en aumento. Nadie, salvo don Alonso, había percibido algo fuera de lo normal en esa habitación. El racionero miraba a todos lados, don Sancho no le perdía ojo a mi señor y don Martín se exprimía el cerebro intentando buscar la explicación.

—Todos esos libros y documentos han sido revueltos y sacados de su sitio y revueltos —afirmó mi señor.

—No lo creo, señor —dijo el racionero—. Todo está como lo dejaba el padre Diego.

—Aparentemente.

—No os entiendo.

—Quien asesinó al padre Diego se preocupó de colocar las cosas en su sitio, pero cometió un error.

—¿Cuál? —preguntamos todos al unísono.

—Diría que hay… un desordenado orden—. Se acercó a la librería que había detrás de la silla de trabajo, pasó la mano por los legajos que estaban en ese estante, se giró y miró al racionero—. ¿El padre Diego era ordenado en sus cosas?

—Sin duda alguna. Esa es una cualidad primordial para ser secretario de Su Ilustrísima. —Y apostilló—: El padre Diego era un hombre ordenado.

 —Mayo, marzo, agosto, abril…—. Don Alonso señalaba uno por uno los legajos—. Los libros y documentos no están ordenados cronológicamente… y han sido movidos hace muy poco: los dedos del asesino están marcados sobre el polvo.

El racionero, con las manos metidas en las anchas bocamangas del hábito y en actitud más que piadosa, aceptó la lógica deducción. Era un hombre de extremada delgadez y muy ágil. Tenía los ojos hundidos pero vivos y el mentón muy marcado. Debía estar acostumbrado a subir por aquella escalera, ya que, al contrario de los demás, no demostró cansancio cuando llegamos al despacho.

—¿Debemos suponer que el crimen lo cometió alguien que vivía en la residencia? —preguntó el racionero.

Era una pregunta difícil. Don Alonso sabía cómo se había producido el asesinato, pero no quién lo había cometido. O por lo menos así lo suponía yo.

—En realidad, no lo sé —contestó—. Pero si no vive en la residencia, debe tener cierta relación con alguien de aquí. No parece que el padre Diego se sorprendiera al verle… Aquí no se produjo ninguna lucha.

—¿Y quién pudo ser? —se preguntó don Sancho en voz alta.

—Padre —dijo mi señor mirando al racionero—, quisiera hablar a la mayor brevedad con el encargado de la puerta. Él debe saber quién entró y salió anoche después de completas.

 Cuando bajábamos por las estrechas escaleras, yo, que iba el último, me dediqué a observar con atención cada uno de los peldaños, estaba seguro de que encontraría alguna pista. Pero el resultado de mi estúpida investigación fue un terrible golpe contra la bóveda de piedra que formaba la entrada del minarete.

Ya en la planta baja, los cánticos de los clérigos, que sonaban como ecos de voces fantasmagóricas de almas en pena, envolvían la iglesia en un solemne misterio. El tétrico ambiente se complementaba con la tenue luz de las velas de las capillas que proyectaban un agonizante resplandor sobre las altas columnas.

El padre Bartolomé, el encargado de la puerta, quizá el más viejo de los que vivían allí, estaba lustrando lentamente los metales que adornaban los grandes portones de la entrada. El racionero, con voz más fuerte de lo normal, se dirigió a él.

—Padre Bartolomé —la voz del racionero pareció retumbar en el templo—, ¿visteis ayer algo sospechoso?

El clérigo se llevó la mano detrás de la oreja.

—¿Cómo dice vuestra merced? —preguntó.

El padre Bartolomé estaba más sordo que una tapia, tendríamos suerte si lográbamos entendernos con él. Con suma tranquilidad, el racionero se puso frente a él y vocalizando exageradamente repitió su pregunta.

—No —fue la escueta respuesta.

—¿Entró alguien después de completas? —insistió el racionero.

—¡Ah, sí! Eso sí.

Al clérigo le sorprendió ver que todos nos acercábamos alrededor de él. A buen seguro no se había enterado de que su compañero el padre Diego había muerto.

—¿Quién, padre Bartolomé? ¿Quién entró después de completas? —repitió el racionero.

—Fue... fue...

El viejo hacía memoria y no daba con la respuesta. Todos esperábamos en ascuas que de su boca saliera el nombre del asesino. Pero era inútil. Don Alonso se adelantó unos pasos. Don Sancho casi me apartó de un empujón, y don Martín se secó el sudor de la frente.

—Vamos, padre Bartolomé, haced memoria —insistió su compañero.

—¡Ah, sí! ¡Ya me acuerdo! —dijo por fin.

—¿Quién? —preguntó impaciente don Alonso.

—Fue... fue... don Esteban.

—¿El escribano? —inquirió don Sancho.

—Don Esteban el escribano —repitió el viejo de un tirón.

Todos nos quedamos estupefactos. Ya sabíamos el nombre del asesino. La expresión de don Sancho y de don Martín reflejaba su incredulidad. Que un miembro del concejo fuera el asesino era mucho más de lo que ellos podían suponer. Cuál fue mi sorpresa cuando por el rabillo del ojo vi que don Alonso se pasaba la mano por la cara en señal de desconcierto. Algo no cuadraba.

—¿Y adónde dijo que iba? —preguntó el racionero.

—A ver al padre Diego.

—¡Pues está claro! —sentenció don Sancho—. Haré que lo detengan ahora mismo.

—¡Inmediatamente! —precisó don Martín.

—¡Un momento! —objetó mi señor con voz potente y alzando ambos brazos a la altura del pecho y con las palmas hacia fuera.

Los dos caballeros, que se dirigían ya hacia la salida, se volvieron y miraron a mi señor con extrañeza.

—¿Qué ocurre, Alonso? —inquirió don Martín.

Con expresión de desagrado, mi señor avanzó unos pasos y se puso frente a ellos. Lo que iba a decirles no les gustaría. Querían un culpable y ya lo tenían.

—El escribano no es el asesino —soltó de sopetón.

En la cara de don Sancho se adivinaba su indignación. Si tenía un nombre y un testigo, podían decirle lo que quisieran que don Esteban pronto colgaría de una horca.

—El padre Bartolomé afirma que don Esteban estuvo aquí anoche y que se entrevistó con el padre Diego —argumentó don Sancho con ira—. Además, él conocía perfectamente a todos los integrantes del concejo. ¡Él es el asesino!

—Don Esteban no pudo hacerlo. ¡Hubiera necesitado la ayuda de otra persona! — gritó mi señor cuando don Sancho y don Martín ya salían por la puerta.

En ese instante el racionero miró a mi señor y dijo:

—¡Tenéis razón! Don Esteban no hubiera podido levantar el cuerpo del padre Diego y arrojarlo por la ventana… Y no me parece capaz de haberlo matado —añadió.

Don Sancho, a pesar de su edad, bufaba como un toro y de su boca salían sapos y culebras. En su interior, él, también estaba convencido de que don Esteban era incapaz de matar y mucho menos de levantar sin ayuda el cuerpo del padre Diego.

—¡Está bien! Pero lo haré llamar inmediatamente —exclamó el juez de mala gana.

—Don Sancho —dijo mi señor—, esta tarde me gustaría examinar con detenimiento el cadáver del padre Diego, por si pudiera sacar alguna conclusión.

—Haré que lo trasladen a los baños —respondió el juez.

—*Adhuc sub judice lis est*! —dijo en voz queda el racionero.

—Así es, padre —le contestó mi señor—. Nada está resuelto todavía.